

Capítulo 1

Sobre perspectivas, horizontes de visibilidad y puntos ciegos

Algo que seguramente no por casualidad sorprenderá al lector de Hardt y Negri es la escasa atención que Imperio le dedica a la literatura sobre el imperialismo. Por contraste con Lenin o Rosa Luxemburg, quienes realizaron una cuidadosa revisión de los numerosos trabajos sobre el tema, nuestros autores optaron por ignorar gran parte de lo que ha sido escrito sobre el asunto. La literatura con la cual ellos conversan es una combinación de ciencia social norteamericana, especialmente economía política internacional y relaciones internacionales, mezclada con fuertes dosis de filosofía francesa. Esta síntesis teórica es empaquetada en un estilo y con un lenguaje claramente postmodernos, y el producto final es un mix teórico que, pese a las intenciones de sus autores, difícilmente podría perturbar la serenidad de los señores del dinero que año tras año se reúnen en Davos. A raíz de esto, casi la totalidad de las citas procede de libros o artículos publicados dentro de los límites del establishment académico francoamericano. La considerable literatura producida en América Latina, la India, África y otras partes del Tercer Mundo en relación al funcionamiento del sistema imperial y el imperialismo no merece siquiera una modesta nota a pie de página. Las discusiones dentro del marxismo clásico Hilferding, Luxemburg, Lenin, Bujarin y Kautsky sobre el tema se acomodan en un breve capítulo del voluminoso libro, mientras que la continuación de dichas controversias en el período de la postguerra ocupa un espacio aún menor. Nombres como Ernst Mandel, Paul Baran, Paul Sweezy, Harry Magdoff, James O'Connor, Andrew Shonfield, Ignacy Sachs, Paul Mattick, Elmar Altvater y Maurice Dobb son conspicuas ausencias en un libro que pretende arrojar nueva luz sobre una etapa enteramente novedosa en la historia del capital. No sorprende, por consiguiente, comprobar que el resultado de esta empresa sea ofrecer una visión del imperio tal y como el mismo se observa desde su cumbre. Una visión parcial y unilateral, incapaz de percibir la totalidad del sistema y de dar cuenta de sus manifestaciones globales más allá de lo que presuntamente acontece en las playas nortatlánticas. Su horizonte de visibilidad es singularmente estrecho, y los puntos ciegos que se configuran ante el mismo son numerosos e importantes, como tendremos ocasión de demostrarlo a lo largo de las páginas que siguen. Se trata, en síntesis, de una visión que quiere ser crítica e ir a la raíz del problema, pero que dado que no puede independizarse del lugar privilegiado desde el cual observa la escena social de su tiempo al revés de lo que aconteciera con Marx, quien desde Londres supo abstraerse de esa determinación cae por eso mismo en las redes ideológicas de las clases dominantes.

¿Cómo entender, si no es a partir de los problemas y limitaciones de una perspectiva irreparablemente nortatlántica, y no sólo eurocéntrica, la radical negación del papel jugado por dos instituciones cruciales que organizan, monitorean y supervisan día a día el funcionamiento del imperio el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial apenas mencionadas en las casi quinientas páginas del libro? 1. Apenas seis cuartillas se reservan para el análisis de las corporaciones transnacionales, actores estratégicos de la economía mundial, sólo la mitad de las que se dedican a temas supuestamente tan cruciales y urgentes como el "no lugar del poder". Las once páginas dedicadas a las contribuciones de Baruch Spinoza a la filosofía política, o las dieciséis destinadas a explorar los meandros del pensamiento de Foucault y su relevancia para comprender el orden imperial, difícilmente pueden parecer algo sensato para quien mira el mundo ya no desde el vértice del sistema imperial sino desde su base.

Por estas y muchas otras razones, Imperio es un libro intrigante, que combina algunas incisivas iluminaciones respecto de viejos y nuevos problemas con monumentales errores de apreciación e interpretación. No existe la menor duda de que sus autores están fuertemente comprometidos con la construcción de una buena sociedad y, más específicamente, de una sociedad comunista. Este compromiso aparece varias veces a lo largo del libro y merece nuestro más entusiasta apoyo. Sorprendentemente, sin embargo, y pese a la anterior toma de partido, el argumento de Imperio no se relaciona para nada con la gran tradición del materialismo histórico. La audacia que sus autores exhiben cuando, navegando en contra de la corriente de los prejuicios establecidos y el sentido común neoliberal de nuestra época, declaran su lealtad a los ideales comunistas "no somos anarquistas, sino comunistas" (p. 319), "la irrefrenable levedad y dicha de ser comunista" (p. 374) se desploma cual castillo de naipes cuando se encuentran ante la necesidad de explicar y analizar el orden imperial de nuestros días. En ese momento, la vaguedad teórica y política y la timidez toman el lugar de la osadía y la contundencia declamativas. En este sentido el contraste con otras obras sobre el tema (tales como *Accumulation on a World Scale*; *Empire of Chaos*; y la más reciente *Capitalism in the Age of Globalization*, de Samir Amin; o *The Long Twentieth Century* de Giovanni Arrighi; o *Year 501. The Conquest Continues* y *World Orders, Old and New* de Noam Chomsky; o *Production, Power, and World Order*, de Robert Cox; y las obras de Immanuel Wallerstein, *The Modern World System* y *After Liberalism*) es imposible de soslayar, y los resultados de tal comparación son para H&N sumamente desfavorables (Amin, 1974, 1992, 1997; Arrighi, 1995; Chomsky, 1993, 1994; Cox, 1987; Wallerstein, 1974, 1980, 1988, 1995).